

NUEVAS TENDENCIAS.



Universidad
de Navarra



EMPRESA Y
HUMANISMO
FACULTAD DE ECONÓMICAS
Y EMPRESARIALES

#106
JULIO 2021



Enfermedad y crisis económica en el siglo XVII

EL SIGLO XVII HA PASADO A LA HISTORIA COMO EL SIGLO DE LA CRISIS GENERAL EUROPEA Y DE LA DECADENCIA ESPAÑOLA. CONFLUYEN MUCHAS CAUSAS, PERO ENTRE TODAS DESTACA UNA, LA PRESENCIA DE NUMEROSAS ENFERMEDADES.

AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO

LA ECONOMÍA ANTE LA PANDEMIA DEL COVID: EL PAPEL DEL ESTADO Y LAS EMPRESAS

ANTONIO MORENO IBÁÑEZ

LA INFODEMIA DEL COVID-19

ÁNGEL ARRESE

EL MUNDO TRAS LA PANDEMIA: EL ESTADO

ALEJANDRO NAVAS

¿ES POSIBLE LIDERAR SIN ESTAR? EL LIDERAZGO EN UN CONTEXTO DE TELETRABAJO

JERÓNIMO AYESTA | IÑAKI VÉLAZ

EL JUEGO INFINITO DE LA POLÍTICA IDENTITARIA

JUAN ÁNGEL SOTO

Enfermedad y crisis económica en el siglo XVII

AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO

El siglo XVII ha pasado a la historia como el siglo de la crisis general europea y, en España, en particular, como el siglo de la decadencia. Las causas de la crisis son variadas: clima adverso, malas cosechas, guerras abundantes, falta de metal precioso, impuestos elevados, mal gobierno..., pero entre todas ellas destaca una, la presencia de numerosas enfermedades y pestes. Así pues, podemos hablar del siglo XVII como el siglo de las pestes y de la crisis demográfica, en particular. ¿Fue la falta de población la causa de los otros males del siglo? Evidentemente, no. Hubo muchos problemas coincidentes, que no tienen nada que ver con la caída de la población. Pero no es menos cierto que la falta de consumidores, de mano de obra, de soldados, vino a incidir decisivamente en las demás actividades, sobre todo cuando esa ausencia se presentó de manera grave y relativamente inesperada en cuanto fue reiteradamente repetida a lo largo de muchas décadas.

La pertinacia de crisis demográficas exógenas creó un escenario absolutamente inédito en la Europa Moderna y, de modo particular, en España. La crisis fue causada por las enfermedades, la mayoría de las cuales llegaron desde fuera (pestes); otras se generaron a partir del típico problema de la concatenación de mal clima, malas cosechas, hambres, enfermedades. En este caso, la causa inicial sería el mal clima, si bien la razón de que su incidencia fuera más grave, sobre todo en ámbitos rurales, puede estar en una población ya mal alimentada por desequilibrios económicos estructurales. Pestes y



desastres climáticos hubo siempre y afectaron a toda la población, sin distinciones. Lo que caracteriza buena parte del siglo XVII –hasta 1660, al menos–, fue la reiteración de esas situaciones. Ciertamente hubo otros aspectos negativos, singularmente las guerras; pero guerra había habido también antes, con frecuencia similar, por lo que cabe insistir en que, desde el punto de vista de la mortandad de la población en general, el factor diferencial en este siglo fueron las enfermedades, más numerosas, graves y duraderas que en otros momentos.

La catástrofe demográfica parece clara: después de tres siglos de crecimiento continuo, España entró en un período de unos setenta años (entre 1590 y 1660) en el que la Tasa Neta de Reproducción (TNR) se situó muy por debajo de 1; es decir, se estuvo perdiendo población de manera continuada y dramática. Aunque luego llegó la recuperación, fue muy débil por lo

que, en conjunto, las pérdidas de estas décadas influirán para que el saldo poblacional del siglo XVII sea prácticamente nulo: en 1700 el total de habitantes de España era poco más o menos, como el de 1600. Con la crisis del siglo XVII, España, que había estado a la cabeza del crecimiento demográfico europeo, como señala A. Moreno, pasó claramente a segundo plano.

UNA SERIE CONTINUA DE ENFERMEDADES Y PESTES A FINES DEL SIGLO XVI

A fines del XVI ya se anunciaban los límites del crecimiento. Desde 1580 se acusa el descenso en el número de bautismos. En lugares tan distantes como Valladolid y Gerona, el máximo de nacimientos se alcanzó entre 1581 y 1590, para bajar después. Desde entonces, los lamentos sobre la despoblación de España se sucederán en los principales arbitristas, como González de Cellorigo. Los

SUMARIO.

Enfermedad y crisis económica en el siglo XVII
Agustín González Enciso
3

La economía ante la pandemia del COVID: El papel del Estado y las empresas
Antonio Moreno Ibáñez
10

La infodemia del COVID-19
Ángel Arrese
12

El mundo tras la pandemia: el Estado
Álex Navas
18

¿Es posible liderar sin estar? El liderazgo en un contexto de teletrabajo
Iñaki Vélaz y Jerónimo Ayesta
25

El juego infinito de la política identitaria
Juan Ángel Soto
29

Actividades y Foros
34

Recensiones
38



problemas llevaron al retraso en la edad del matrimonio. Por otra parte, el hambre debilitaba el organismo y lo dejaba inerte ante enfermedades que en esas circunstancias fueron mortales. Las compras de tierras por los ricos, que buscaban seguridad para sus inversiones (la tierra era entonces un valor seguro), desplazaron a muchos campesinos que tuvieron que emigrar a las ciudades. Allí aumentaba la pobreza y la picaresca. Es la España de los pícaros, que enlaza con la España surrealista de Don Quijote. También, al final del XVI los precios siguieron subiendo, impulsados por el metal precioso que todavía llegaba en grandes cantidades de América; hubo más guerras (Portugal, la Gran Armada) y subieron los impuestos. Se trata de una serie de problemas que supera el mero esquema recursos agrarios/población y que dibuja ya, entonces, una crisis de amplio espectro. Podríamos decir que todo se habría conjurado con buenas cosechas y con la paz, o

bien con muchos habitantes trabajadores; pero no fue así. En esa situación llegará la enfermedad, la que aparece sin tener más causa aparente que su agente externo: el virus o las bacterias. La primera enfermedad generalizada del período fue el “catarro general” de 1580, que afectó a toda España. Muchos testimonios le achacan una gran mortalidad, incluso se le acusa de haber matado a la reina, Ana de Austria. Desde 1580, las crisis de mortalidad serán más graves que antes. Ya para la última década del siglo, las curvas de mortalidad denuncian el escalonamiento de crisis generales que van a ir sucediéndose hasta culminar en la vehemencia de la epidemia de 1599. La causa principal de todo fue una crisis alimenticia a la que se añadieron algunas enfermedades. Pero la mortalidad fue anómala, en muchos casos el doble o el triple de lo normal en casos de malas cosechas. Los problemas agrícolas, demográficos y de continuada alza de precios acabaron afectando a otras actividades

Como los precios siguieron subiendo, sólo el aumento de la actividad económica podría haber enjugado la subida; pero lo que ocurrió fue lo contrario. De haberse atenuado las causas exógenas, la situación podría haberse encauzado pero las enfermedades siguieron, por lo que lo previsible fue un futuro inmediato de falta de demanda y de mano de obra

económicas como el comercio de Burgos, fundado sobre el comercio de la lana, que se arruinó al descender la demanda, porque también en Europa pasaban cosas parecidas. Cerró la actividad textil en Ávila y se desorganizaron desde 1594, por mucho tiempo, las ferias castellanas, lo que hizo tambalear las finanzas.

Como los precios siguieron subiendo sólo el aumento de la actividad económica podría haber enjugado la subida; pero lo que ocurrió fue lo contrario, la demanda se encogió porque la población dejó de crecer al mismo ritmo que antes y la caída poblacional afectó al entramado mercantil de las ciudades, los focos más importantes de demanda. Además, el alza de precios dejó a muchos sin posibilidades, como lo prueba el endeudamiento creciente de las clases humildes. Es decir, antes de que llegara el siglo XVII, la situación era de seria amenaza de crisis económica inducida por un conjunto de elementos como las malas cosechas, las enfermedades, el alza de precios o la guerra, causas todas que incidían en el final del crecimiento demográfico. De haberse atenuado las causas exógenas, la situación podría haberse encauzado, sobre todo tras la paz general de 1598 (en Vervins); pero, al contrario de lo deseable, las enfermedades siguieron, por lo que lo previsible fue un futuro inmediato de falta de demanda y de mano de obra.

EL MAL COMIENZO DEL SIGLO XVII

La coyuntura de 1596 a 1602 fue verdaderamente grave. En esos años se produjo una crisis de mortalidad por peste, realmente distintiva respecto a lo anterior, de modo que, desde entonces, todos los problemas

girarán en torno a sus consecuencias. Su gravedad aumenta si consideramos que llovía sobre mojado, puesto que la población ya estaba afligida por diversos problemas. Por lo tanto, la peste provocó entonces unas consecuencias económicas peores que si el contagio hubiera llegado en otro momento.

Su mayor incidencia se produjo en el centro neurálgico de la monarquía (Madrid, Guadalajara, Segovia, Ávila y Salamanca, sobre todo, y con menor intensidad en las demás provincias de Castilla), por lo que, sin duda, contribuyó directamente al desmantelamiento de la red urbana castellana. Se ha calculado que produciría aproximadamente 600.000 víctimas (un 10 % del total de la población española): sería la mayor pestilencia de España en este siglo, aunque no la única.

La peste cambió la situación. Después de 1602 no se puede hablar de escasez relativa de tierras, los precios empezaron a bajar, según muestran las cifras de Hamilton, seguramente por la falta de actividad económica, si bien los salarios subieron algo por la escasez relativa de mano de obra. Por esos mismos años hubo una "generación pacifista"; la paz general duró hasta 1618. Sin embargo, tanto antes como después de ese año la población siguió bajando y la economía mantuvo su declive. Por eso, si hemos de buscar una causa realmente importante que ejemplifique los problemas del siglo XVII, tenemos que fijarnos primariamente, en la fuerte caída de población que se produjo por causas exógenas, fundamentalmente. Los contagios externos no tuvieron su origen en ningún aspecto de la estructura económica, si bien sus efectos sí se vieron

potenciados, en este caso, por la mala situación anterior.

Los estudios ya citados de A. Moreno sobre la Tasa Neta de Reproducción permiten precisar más las oscilaciones demográficas que conocíamos por otros estudios: la crisis empezó hacia 1580 con un crecimiento ya muy bajo; la caída se aceleró desde 1590-1601; luego, la situación de tasa neta baja se alargó hasta 1660. En consecuencia, un panorama demográfico muy negativo, de más de medio siglo de duración, que sin duda fue un factor clave en torno al cual cobran sentido muchos aspectos de la crisis económica del siglo XVII. Las últimas décadas del siglo vieron una recuperación, pero muy débil y con algunas crisis menores al final, que enlazarían, poco después, con los problemas causados por la Guerra de Sucesión, a partir de 1702. Pero centrémonos en las pestes españolas de mediados de siglo.

LA DUREZA Y TRAGEDIA DE LAS PESTES

A continuación de 1602 hubo otras fases de altas mortalidades, por lo que no fue fácil que se produjera la recuperación de similar catástrofe. Con diferente incidencia, la peste volvió en 1605-1607, 1615-1616, 1631, 1647-1652 y 1659-1662. Los tres últimos envites fueron los peores de esta serie. En casos normales, es decir, aislados, las muertes de unos años provocan vacíos, que se manifiestan en el descenso de los nacimientos veinte años después, por falta de población joven. En ese sentido, podemos calcular la incidencia negativa para el futuro, de una sucesión de crisis como la expuesta, en la que casi todos los episodios tuvieron una gravedad muy alta, casi tan graves como el



Las pestes no incidieron de manera idéntica en toda la Península, pero todas ellas tuvieron una extensión territorial muy amplia. Algunas se cebaron especialmente en las grandes ciudades

de 1596-1602. Las pestes no incidieron de manera idéntica en toda la Península, pero todas ellas tuvieron una extensión territorial muy amplia. Algunas, como la de 1647-1652, se cebaron especialmente en las grandes ciudades, como fueron los casos de Sevilla y Barcelona. Las oleadas de peste de mediados de siglo afectaron de manera particular a las zonas costeras del Mediterráneo, con amplia extensión desde la costa hacia el interior.

Las pestes no afectaron solamente a España. Incidieron de manera particular en el Mediterráneo, porque la infección provenía del próximo Oriente, a través de las relaciones mercantiles. Por ejemplo, la de 1629-1631 es conocida como la peste italiana porque afectó especialmente a aquella península, en particular al norte y centro. Se cobró la vida de unas 280.000 personas en las ciudades de Lombardía y del Véneto. La presencia de esa peste en Milán fue relatada por Manzoni en su conocida novela *Los novios*. La plaga de 1656-1657 fue la última plaga catastrófica importante en la Italia del siglo XVII. Afectó de manera particular a Nápoles. Se supone que mató a

La crisis produjo notables cambios estructurales en la población y en la economía de España. Frenó el éxodo rural que había existido antes. El campo también perdió población, lo cual permitió concentrar la producción agrícola en las mejores tierras

la mitad de la población de esa ciudad (unos 150.000 muertos). Si lo observamos de una manera puntual, probablemente las ciudades más castigadas fueron Sevilla en 1649 y Nápoles en 1657. En ambos casos en poco más de un año desapareció casi la mitad de la población. Mortandades similares sucedieron también más al norte, sobre todo en Francia.

No obstante, la incidencia no fue la misma más al norte, en lugares como los Países Bajos, Inglaterra o Escandinavia. Allí se sufrieron menos los efectos de las pestes que la Europa del sur. Respecto a Francia, si la comparamos con España observamos que el cómputo total de muertos en todo el siglo se estima, para ambos casos, en más de un millón; la gran diferencia, sin embargo, estriba en que España tenía un total de siete millones escasos de habitantes, mientras que Francia contaba con unos 18 millones. Baste este dato para significar algo importante para nuestra historia en términos comparados: España fue el país que más sufrió los efectos de las pestilencias en términos de porcentaje de muertes sobre el total de la población. Los números absolutos de fallecidos son muy altos en todas partes, también la recurrencia de las infecciones; pero ese número de víctimas ocurría en lugares donde había más población que en España; por otro lado, zonas del noroeste europeo con menos habitantes, sufrieron menos pestes. El resultado fue que mientras al final del siglo XVII, en todos los países europeos la población había acabado creciendo, aunque menos que en momentos anteriores, en España hubo un estancamiento secular. España, junto con algunas regiones italianas, sufrió un retraso demográfico en términos comparados, que tendría

importantes repercusiones políticas y económicas.

CAMBIOS ESTRUCTURALES

La crisis produjo notables cambios estructurales en la población y en la economía de España. Para empezar, se produjo una ruralización de la vida. Las ciudades habían sido las más afectadas por las pestes, primero, y por la presión fiscal, después, de manera que las economías urbanas experimentaron un fuerte retroceso, particularmente en Castilla. La situación frenó el éxodo rural que había existido antes, e incluso generó la vuelta de muchos al campo. Pero el campo también perdió población, lo cual permitió concentrar la producción agrícola en las mejores tierras. Eso mejoró la productividad y revalorizó las propiedades agrícolas, lo cual vendría, más tarde, a favorecer la recuperación. Lo que impacta de esa situación es que crearía una estructura urbana que se mantendría así hasta bien entrado el siglo XX. No hace mucho tiempo, todavía se podía ver en las ciudades castellanas el vacío de sus cascos históricos conservados en los límites del crecimiento alcanzado hasta 1600, con pocos retoques posteriores.

Otro cambio estructural drástico fue el que se produjo entre el interior peninsular y la periferia costera. Es cierto que algunas de las pestes más mortíferas afectaron a las regiones mediterráneas, pero no es menos cierto que la persistencia de enfermedades fue más larga en el interior. También las ciudades castellanas se vieron más afectadas por la política fiscal y por las levadas militares. De hecho, el hundimiento de la TNR en la primera mitad del siglo fue mucho mayor en el interior que en

la costa y más duradero, porque se alargó hasta 1670. El resultado, en conjunto, fue un cambio drástico del peso demográfico peninsular del interior a la costa. También en este caso es la herencia que hemos recibido, perceptible incluso hoy. En estos cambios de ubicación poblacional y económica, la gran beneficiada del interior fue Madrid. También existe la coincidencia de que, a comienzos del siglo XVII, Madrid fue elegida como capital, sede de la corte y del gobierno. Esa situación atrajo a cortesanos, funcionarios, pretendientes, criados y toda la actividad económica que ese mundo mueve. Pero si eso es cierto, no cabe desdeñar que el atractivo de Madrid fue también convertirse en refugio ante las adversidades. Desde entonces, en la España del interior la aspiración a un futuro mejor empezó a pasar por marchar a Madrid. Curiosamente, también hoy se percibe que las tendencias hacia la recuperación pasan por Madrid. Hay un problema: que el crecimiento de Madrid ejerce un influjo negativo en el territorio más alejado del interior. Genera crecimiento en zonas cercanas, allí donde la ciudad crece como mancha de aceite, pero produce un vacío en territorios más alejados que experimentan un éxodo hacia la capital, que puede ser preocupante en algunos casos.

La ruralización propició el auge de la industria rural. La quiebra de las economías urbanas hizo desaparecer las principales industrias gremiales de aquellas ciudades, faltas de demanda. Por otra parte, el empobrecimiento temporal limitó la demanda a los géneros más baratos. Además, la relativa resistencia del campo favoreció la persistencia de una demanda rural, de menor calidad, pero firme.



En definitiva, se observa el mantenimiento de una industria de baja y mediana calidad en las zonas rurales, que vino a compensar el desabastecimiento y la quiebra de las industrias de lujo. No se trataba entonces de las multinacionales del *low cost* que vemos ahora, pero sí de la necesidad de ofrecer productos a bajos precios. La industria de lujo desapareció o se redujo a Madrid y Sevilla (centro del comercio con América), lugares, por otra parte, donde sus habitantes ricos podían comprar productos extranjeros.

Con todo, lo peor fue que España entró en un retraso relativo a respecto a los países europeos de su entorno. España tuvo una crisis más larga y profunda que allende los Pirineos; también experimentó una recuperación más lenta.

.....
España entró en un retraso relativo respecto a los países europeos de su entorno. Tuvo una crisis más larga y profunda que allende los Pirineos; también experimentó una recuperación más lenta

inmediato, un alza fiscal, demasiado fuerte para la ya resentida población, no solucionó nada. Presionada por la guerra, sin otros recursos solventes, la Hacienda entró en crisis y drenó los recursos de la vida económica general. Al final, tampoco el ejército pudo ser atendido correctamente, lo que derivó en la derrota militar sancionada, definitivamente, en la Paz de los Pirineos de 1659. Desde luego, la caída de la población no fue el único de los muchos males que entonces ocurrieron, pero sí fue decisivo, porque mermó gravemente el principal recurso de un país, las personas.

LA RESPUESTA A LA CRISIS: MENOS GASTOS Y MENOS IMPUESTOS

Existe una coincidencia entre la fecha del final de las grandes guerras de España (no de todas) y la fecha en que las estadísticas muestran el inicio de la recuperación de la población. No existe una relación causal; más bien lo que ocurrió fue que terminaron las grandes epidemias de peste que, en este caso, como queda dicho, venían de fuera de España, no a causa de las guerras en la Europa central. La grave incidencia de enfermedades y pestes que la Guerra de los Treinta Años

(1618-1648) produjo en Europa central, no afectó de ese modo a España, alejada del escenario del conflicto. Hubo también guerras en el interior peninsular, pero fueron especialmente limitadas y no tuvieron demasiada extensión. España sí se vio entonces privada de hombres y acuciada por impuestos, pero esto no causa pestes.

Sea lo que fuere, la situación cambió en España a partir de 1660-1670; las pestes dejaron de azotar la Península y los bautismos empezaron a crecer. El aumento de bautismos hace patente que la población, las personas concretas, respondían con esperanza a lo que pronto experimentó que sería el final de los problemas excepcionales. Tanto la recuperación del último tercio del siglo, como el auge posterior a 1700, se apoyó en un ritmo creciente del aumento de la población. En todo caso, la población crecía más rápido en Francia o en Inglaterra. Cuando, más adelante, Europa occidental haga valer su peso demográfico en el mundo, España irá un paso por detrás. Sin personas que trabajen y consuman no se puede prosperar.

Esto aparte, la recuperación en España tras las epidemias tuvo dos acompañantes notables: la caída del gasto público y la bajada de impuestos. Lo primero vino obligado por la firma de la paz. No significa que acabaran las guerras para España, pero las libradas a partir de 1667 tuvieron un perfil más bajo; desde luego por falta de fuerzas (las guarniciones en Italia y Flandes fueron menores que antes), pero también es cierto que los gobernantes no mostraron deseos de revancha, ni de entrar en conflictos a gran escala. España se defendió ante Luis XIV y, tras la separación de Portugal en 1668, mantuvo casi intactos sus territorios; no fue



poco, tampoco se deseó más. Por otra parte, se caminó hacia una política de alivio fiscal. La coincidencia del cambio de reinado y del acceso al trono de Carlos II propició que los nuevos gobernantes procedieran a una rebaja de impuestos que ya se había pensado en el reinado anterior. La política de alivio fiscal, a partir de 1665, fue una realidad que acompañó al crecimiento de la población. A esos dos elementos se añadió, poco después, una política de ayudas fiscales y jurídicas a la industria y al comercio. Comenzó en 1679 con la creación de la Junta de Comercio. Un año después, en 1680, se procedió a una devaluación monetaria, drástica, pero necesaria, que impuso realismo y estabilidad tras el marasmo monetario de los reinados anteriores. Sin todo ello, no se habría producido la recuperación de la economía que refleja la información estadística y cualitativa disponible, ya desde 1670. Sobre ese cambio se apoyó el crecimiento del siglo XVIII.

Un comentario al respecto. Tradicionalmente, la historiografía se

ha preguntado de dónde salió la fuerza que le permitió a Felipe V defender su trono en la Guerra de Sucesión (1702-1715) y, de hecho, ganar la guerra en España y América. Esa fuerza no salió de la España decadente y decaída, que siempre se había supuesto, sino de una España que había frenado su decadencia tiempo atrás y que hacía crecer su economía desde hacía algunas décadas.

LECCIONES PARA HOY

El concatenamiento de crisis a comienzos del siglo XXI es parecido al que hemos visto. El atentado de 2001 y las guerras subsiguientes, la crisis financiera de 2008 y ahora la pandemia de Coronavirus, muestran una secuencia en la que es difícil recuperarse de los daños acumulados; el enorme cambio económico y tecnológico que vemos es la respuesta a la situación de crisis casi permanente. Si nos quedamos en España, lo que se observa es un progresivo retraso respecto a la “salida de la crisis” de los países de su entorno. ¿Ha sufrido España más que otros países, como

.....
Tanto los problemas anteriores como la gestión de la crisis, incluido el menor peso internacional de España, están haciendo que la “salida de la crisis” sea más lenta que en otros lugares, lo cual acentuará la diferencia con los países de nuestro entorno de cara al futuro

ocurrió en el siglo XVII? El atentado de Atocha en 2004 creó una crisis política de la que salió un gobierno que no supo reaccionar ante la crisis financiera de 2008. En este sentido sí parece que España tuvo algún problema añadido. No es menos cierto, por otro lado, que la crisis financiera acabó con los gobernantes entonces en el poder, en casi todas partes.

Tras esta breve aproximación, lo que interesa es un ejercicio comparativo con la España del siglo XVII. El ámbito de la comparación es macro y a largo plazo, pero permite una reflexión significativa. A día de hoy, el crecimiento de la población en España tiende a cero y los aproximadamente 120.000 fallecidos, no contribuyen a mejorar la situación. Son muchos menos de los que morían en el siglo XVII, pero son muchos. Observamos, por otra parte, una progresiva polarización de la actividad económica en Madrid y una incidencia desigual de la crisis económica en las provincias y comunidades autónomas. Todo esto está creando ya un desequilibrio económico regional, no menor que el que se produjo en el siglo XVII con el crecimiento macrocefálico de Madrid.

Por otra parte, tanto los problemas anteriores como la gestión de la crisis, incluido el menor peso internacional de España, están haciendo que la “salida de la crisis” sea más lenta que en otros lugares, lo cual acentuará la diferencia con los países de nuestro entorno de cara al futuro. Un dato significativo al respecto es cuántos de nuestros graduados buscan trabajo en el extranjero, y luego, además, se quedan. Nos gusta ese glamour internacional que nos dan nuestros hijos, pero esa marcha de graduados no significa que España se inserte en el mundo –a veces se

Es necesario rebajar el exagerado gasto público, implementar medidas de apoyo a la actividad económica inmediata, y hay que tener paciencia

vende así—; significa, más bien, que España fracasa a la hora de darles trabajo aquí. Una cosa es tener relaciones con el extranjero, que hay que tenerlas, claro, y otra, muy distinta, marcharse a vivir al extranjero. El problema no es de hoy, viene de lejos, pero se va acentuando.

La comparación con el siglo XVII es significativa. En tiempos de penuria —como los de hoy, no lo olvidemos—, hay que rebajar los impuestos, so pena de arruinar a las clases medias, que no pueden sacar su dinero de España. Es necesario rebajar el exagerado gasto público (no el gasto social, sino el puramente político en beneficio de los gobernantes y partidos). Hay que implementar medidas de apoyo a la actividad económica inmediata, y hay que

tener paciencia: las realidades macroeconómicas no cambian de un año para otro, tampoco lo hacen hoy. Decir que mañana esto se va a arreglar es una mentira. Mañana está muy lejos.

No menos importante es la realidad cultural. La España de Carlos II, a pesar de los pesares, fue la España de Calderón, de los novatores políticos y científicos, de economistas relevantes como Osorio y Redín, Veitia Linage o Uztáriz, que enlaza con el siglo XVIII, pero se formó y trabajó en el Flandes aún español. Cabría preguntarse cómo está hoy la cultura en España, la cultura profunda, la que estudia a fondo las realidades, la del pensamiento y la investigación científica, la que pueda alumbrar ideas y soluciones. Si lo juzgamos por la universidad,

burocratizada y politizada, el futuro parece sombrío.

No menos importante, para finalizar, es el reconocimiento de la realidad: somos menos de los que teníamos que ser, somos más pobres que antes, creo que somos menos cultos, aunque también hay realidades nuevas cuyas aportaciones será preciso valorar más tarde; tampoco parece que tengamos mucho prestigio internacional, a día de hoy. Sí, ya sé que estoy cargando las tintas en lo negativo, pero lo negativo existe y hay que contar con ello, no se puede soslayar. El mal se vence con abundancia de bien, pero para vencerlo hay que hacer mucho bien, cuanto antes. Me pregunto, ¿quién pone hoy esa abundancia positiva?

PARA SABER MÁS: Para una visión introductoria sigue sirviendo Nadal, Jordi (1984), *La población española (siglos XVI a XX)*, Ariel, Barcelona; Dos obras generales en las que se pueden encontrar capítulos muy buenos sobre los asuntos tratados son González Enciso, Agustín y Matés, Barco, Juan Manuel (2006), *Historia económica de España*, Ariel, Barcelona, (y reediciones) y Floristán Imízcoz, Alfredo (2018), *Historia de España en la Edad Moderna*, Ariel, Barcelona, varias ediciones recientes. Aspectos monográficos se pueden ver en Pérez Moreda, Vicente (1980), *Las crisis de mortalidad en la España interior. Siglos XVI-XIX*, Siglo XXI, Madrid; Vries, Jan de (1987), *La urbanización en Europa, 1500-1800*, Crítica, Barcelona; Gelabert, Juan E. (1997), *La bolsa del rey. Rey, reino y fisco en Castilla (1598-1648)*, Crítica, Barcelona; Sánchez Belén, Juan A. (1996), *La política fiscal en Castilla durante el reinado de Carlos II*, Siglo XXI, Madrid; Yun Casalilla, Bartolomé (1999), “Del centro a la periferia: la economía española bajo Carlos II”, *Stvdia Historica. Historia Moderna*, vol. 20, pp. 45-76. Los trabajos de González Enciso, Agustín (2017), *War, Power and the Economy. Mercantilism and state formation in 18th-century Europe*, Routledge, Londre, y de Torres Sánchez, Rafael (), *Constructing a Fiscal-Military State in Eighteenth-century Spain*, Palgrave, Basingstoke, contienen también muchas referencias al siglo XVII.

FOTOS: Foto de portada: The Triumph of Death. Autor: Pieter Brueghel the Elder. Colección: Museo del Prado (Wikimedia Commons). Página 3: Vieja friendo huevos. Autor: Diego Velázquez. Colección: National Galleries of Scotland. (Wikimedia Commons). Página 4: Burying Plague Victims of Tournai. Autor: Unknown author. (Wikimedia Commons). Página 5: Danse macabre. Autor: Michael Wolgemut (Wikimedia Commons). Página 7: Jacques Callot misereres guerre. Autor: Jacques Callot. Colección: Musée Lorrain. (Wikimedia Commons).